

ct

Siveria

de
Francisco Javier Suárez Lema

(fragmento)

(...)

MIJAIL

Aquí no tiene que hacerse la mártir. ¿Lo comprende?

HELENA

¿Mártir? No soy ninguna mártir.

MIJAIL

Bien. Todo más sencillo.

HELENA

Sólo digo que podré esperar hasta que traigan el agua.

MIJAIL

Estupendo. Le aseguro que yo soy de los buenos. De los que hacen las preguntas de rigor y se van a su casa con la conciencia tranquila.

(Pausa).

MIJAIL

Pero eso no es lo habitual por aquí. No me refiero a que los otros no se vayan con la conciencia tranquila. Más que yo. (Se ríe). Pero no dudarían en humillarla o darle un golpe si hiciese falta. Hacen cosas nada agradables. Está usted bajo mi interrogatorio, ha tenido suerte. Todo lo que pase en esta sala es asunto mío y soy yo quien dará cuenta de las explicaciones que tengan que ser dadas. ¿Comprende?

(Pausa. Él la mira. Espera que ella haga algún gesto y luego continúa hablando).

MIJAIL

Bien. Ya está advertida.

Pausa.

MIJAIL

Su nombre es “Helena Brasova”. ¿Es correcto?

HELENA

Sí.

MIJAIL

Su dirección es ésta. (Le muestra un papel). Corrobórelo.

Ella mira el papel. Asiente.

HELENA

Sí. Lo es.

MIJAIL

¿Cuánto tiempo hace que vive allí?

HELENA

Un año y pico. Casi dos. Más o menos.

MIJAIL

¿Donde vivió antes?

HELENA

Con mi madre. En otra ciudad.

MIJAIL

¿Dónde está su madre ahora?

HELENA

Murió.

MIJAIL

¿Tiene usted más familia?

HELENA

No.

MIJAIL

¿No tiene más familia?

HELENA

Soy hija única.

MIJAIL

¿Qué hay de su padre?

(Pausa)

HELENA

Nunca conocí a mi padre.

MIJAIL

Nunca lo conocí. (Él toma notas en algunos momentos).

HELENA

Así es.

MIJAIL

Vaya.

Pausa.

MIJAIL

¿Por qué motivo?

HELENA

¿Por qué motivo?

MIJAIL

¿Por qué motivo no lo conoció? Era su padre.

HELENA

No le conocí. Por los motivos que sean.

MIJAIL

¿Quiere que apunte eso? Es una respuesta... un tanto ambigua.

HELENA

¿Qué respuesta quiere?

MIJAIL

¿Yo? Ninguna. La que usted considere adecuada, señora Brasova.

HELENA

Pues eso es lo que me parece... adecuado.

MIJAIL

Pero ¿tiene usted conocimiento de que su madre conviviese con su padre un tiempo?

HELENA

No.

MIJAIL

¿No tiene conocimiento de ello o no convivieron un tiempo?

HELENA

No tengo conocimiento.

MIJAIL

Hmm... Es decir, que usted es hija única y no conoció a su padre ni tiene conocimiento de que hubiese convivencia entre su madre y su padre por cuanto...

HELENA

Soy hija de madre soltera. Apunte eso.

MIJAIL

Bien. Apuntaré así el dato que necesitaba aclarar. (Toma nota).

Pausa.

MIJAIL

Según la revisión de nuestros informes su madre pertenecía a una familia adinerada. ¿Es correcto?

HELENA

Mi madre heredó de su padre un dinero para vivir cómodamente. Mi abuelo tenía una pequeña empresa textil. Vendió la empresa y al morir mi madre heredó una cantidad de dinero.

MIJAIL

Es decir... que su abuelo era una persona adinerada.

HELENA

Tenía una pequeña fábrica textil. Vivió una época de bonanza. Nada más.

MIJAIL

Eso ayuda a tener una vida arreglada.

HELENA

Probablemente.

MIJAIL

No vea usted lo que me cuesta a mí llegar a fin de mes. Tengo cuatro hijas y un hijo varón y mi mujer quiere tener otra niña. Todo son gastos.

Pausa.

MIJAIL

Mi hijo quiere ser futbolista. Pero primero tendrá que estudiar. Aunque no le negaré que mi hijo puede ser lo que se proponga. Es un líder en su clase. Ya sabe, todos quieren seguirle. Ser como él. No sé por qué no hay más deportistas que aspiren al final de sus carreras a entrar en política. Yo votaría a un deportista. A un deportista de alto nivel. No a un medallista de patinaje artístico (se ríe) pero sí a un velocista, por ejemplo o a un futbolista.

Pausa. Helena le mira con incredulidad.

MIJAIL

¿Cómo fue su infancia?

HELENA

¿Cómo dice?

MIJAIL

¿Cómo fue su infancia? ¿Qué recuerdos tiene de su infancia?

HELENA

No comprendo el sentido de esta pregunta.

MIJAIL

Yo hago las preguntas y usted responde. No se salga de ese esquema. ¿Le parece bien?

HELENA

Fue una buena infancia. Plena.

MIJAIL

Ya.

Pausa.

MIJAIL

¿Recuerda a qué edad comenzaron sus problemas?

HELENA

¿Qué problemas? ¿De qué me habla?

MIJAIL

Problemas con sus iguales.

HELENA

¿Con los chicos y chicas de mi edad?

MIJAIL

Exactamente.

HELENA

No sé de qué está hablando.

MIJAIL

Los estudios apuntan a la adolescencia. Suele ser la etapa más compleja. Problemas de autoestima, de rebeldía, de desorientación en muchos sentidos.

HELENA

No tuve problemas. No recuerdo problemas de ningún tipo.

MIJAIL

Ya. (Toma nota).

HELENA

Verá... estas preguntas son bastante extrañas.

MIJAIL

Usted sólo tiene que limitarse a contestar.

Pausa.

MIJAIL

¿Qué edad tiene?

HELENA

Cuarenta y tres años.

MIJAIL

¿Cuántos hijos tiene usted?

Pausa. Helena le mira firmemente, no responde.

MIJAIL

¿Cuántos hijos tiene usted, señora Brasova?

HELENA

No tengo hijos.

MIJAIL

¿Hijas?

HELENA

No tengo hijos ni hijas.

MIJAIL

Pero antes ha dicho... Antes ha dicho que tiene cuarenta y tres años. ¿Es correcto el dato? ¿O he entendido mal?

HELENA

Tengo cuarenta y tres años.

MIJAIL

¿Y no tiene hijos ni hijas?

Pausa.

MIJAIL

¿Debido a qué problema médico?

Pausa.

MIJAIL

¿Debido a qué problema médico, señora Brasova?

Pausa.

MIJAIL

Está bien. Apuntaré problema médico no especificado. ¿Le parece adecuado?

Pausa. Él apunta. Ella firme en la mirada. Mijail levanta el auricular y hace una llamada. Habla con alguien del otro lado de la línea.

MIJAIL

Por favor, traigan una jarra de agua a la sala 3. Hace ya un rato que lo he solicitado. ¿De acuerdo? Bien. (Cuelga).

MIJAIL

Son poco disciplinados.

Pausa.

MIJAIL

Le diré la verdad, lo que me gusta de mi trabajo es generar esta intimidad espontánea a medida que vamos conversando. Disfruto conociendo cosas de las vidas de las personas que se sientan en su lado de la mesa. De veras, es muy gratificante. Enseguida traerán el agua, descuide. ¿Por dónde íbamos?

Pausa.

MIJAIL

Ah sí. Ni hijos ni hijas. Problema médico no especificado.

Pausa.

MIJAIL

¿Conoce a este individuo? (Ha tomado una foto de sus archivos extendidos sobre la mesa).

HELENA

(Mira la foto). Creo que no.

MIJAIL

¿Cree? Mírelo bien, señora Brasova.

HELENA

Su cara me resulta familiar pero no lo identifico con nadie en particular.

MIJAIL

Mírelo bien. Échele otro vistazo. (Ella mira la fotografía de nuevo). Va vestido del ejército. A lo mejor eso es lo que le confunde a usted.

HELENA

No sé quién es. No conozco a nadie que esté en el ejército.

Pausa.

MIJAIL

¿A qué se dedica usted, señora Brasova?

HELENA

Soy periodista.

MIJAIL

Dónde obtuvo la titulación. Corrobore que fue en esta universidad. (Le muestra un papel)

HELENA

Sí. En esa universidad.

MIJAIL

¿Ejerce usted en la actualidad como periodista?

HELENA

No.

MIJAIL

¿Por qué motivo?

HELENA

Tengo algún dinero que me dejó mi madre. Ya se lo dije antes.

(Pausa).

MIJAIL

Las mujeres no deberían estudiar. Si no dedicarse a sus esposos y criar a sus hijos. Eso es lo que hizo mi abuela, mi madre y a día de hoy, mi mujer. Pero respeto que tenga usted un título. Ya sé que le pareceré un anticuado pero somos más los que pensamos así que los que pensarían que soy un anticuado.

Pausa.

MIJAIL

No obstante, que usted tenga un título... eso no la hace igual a mí. ¿Lo entiende?

HELENA

(No responde. Le mira fijamente).

MIJAIL

Tengo entendido que la oficina de vigilancia del gobierno le abrió un expediente.

Pausa.

MIJAIL

¿Por qué motivo?

HELENA

Lo tendrá por ahí apuntado.

MIJAIL

Esa no es manera de responder. Sí, claro que lo tengo aquí apuntado, pero quiero que me lo cuente usted.

Pausa.

HELENA

Decían....

MIJAIL

¿Decían?

HELENA

El comité del gobierno. Que mis métodos eran contrarios a la legalidad vigente

MIJAIL

¡Decían! (Se ríe) Y... ¿el comité miente acaso? No sé si lo está insinuando.

HELENA

Yo escribo para decir que el emperador va desnudo no para hablar de las hechuras del traje invisible del emperador.

MIJAIL

Vaya. (Se ríe). ¡Qué expectativas tan elevadas! Me gusta su ambición. Me resulta tan cándida.

Pausa.

MIJAIL

¿Que es una “terapia reparativa”, señora Brasova?

HELENA

Estoy segura de que usted ya lo sabe.

MIJAIL

Cuéntemelo con sus palabras.

HELENA

Escribí un artículo sobre el daño irreparable que provocan en personas que son tan reales como usted y como yo.

MIJAIL

A su juicio deberían ser erradicadas como las minas anti personas. Menuda comparación.

Pausa.

MIJAIL

Entrevistó a... (Lee en sus papeles después de rebuscar). Entrevistó a un chico de dieciséis años...

HELENA

Era un chico de diecisiete años.

MIJAIL

¿No me diga? Como sea. A un chico de diecisiete que estaba haciendo sufrir a sus padres lo que usted no puede quizás ni imaginarse.

HELENA

El único que sufría allí era el chico.

MIJAIL

Los padres no querían tener un hijo... un hijo... así. ¿Es capaz de comprender eso? Era una deshonra para su familia. ¿No lo entiende? (Mijail habla con dulzura, paternalista, lo que le resulta más amenazador a Helena).

HELENA

Le sometieron a una terapia para cambiar su orientación sexual. No aceptaban que su hijo fuese homosexual. La reparación sería necesaria para los...

MIJAIL

Para los padres, no me diga más. Le leo el pensamiento, ¿lo ve? Pues ése chico de diecisiete años ahora tiene veintiuno. Y es el que le he mostrado en la foto. Se alistó en el ejército, señora Brasova.

(Él le vuelve a acercar la fotografía a ella).

(Pausa).

HELENA

(Mira la fotografía apenada). Este país ha sufrido un retroceso tan gigantesco que me asusta.

MIJAIL

Yo soy feliz en este país. Vigile lo que dice.

Pausa.

MIJAIL

(Recoge la fotografía). Alégrese por el chico. Sólo necesitaba ordenar sus ideas, señora Brasova. Ahora tiene mujer y un hijo. Alégrese por él.

HELENA

Claro. Claro que sí. O el ejército o la locura. Supongo que no le quedó otra salida. El único vuelco que encontró. Todo es fruto de la demencia social en la que vivía. Nadie le alentó a poder ser él mismo; a poder sentir lo que sentía sin pensar que eso era algo malo. Él me había dicho que deseaba ser autor de obras de teatro pero sus padres creían que era una debilidad, una señal de anomalías. De que algo habían hecho mal al criarlo. No sé qué puede ser más terrible que el rechazo de una madre y un padre. No creo que exista algo más penetrante en la cordura de un ser humano. Y no veo motivo... para alegrarme.

Pausa.

MIJAIL

Qué coraza tiene usted, señora Brasova. Qué caparazón. Como el de las tortugas gigantes. De las que salen en los documentales. Las tortugas gigantes.

HELENA

¿Una tortuga?

MIJAIL

Una tortuga, sí. O los armadillos. Qué animales tan feos, ¿verdad? Los armadillos, digo. (Se ríe). A mí es que los animales me gustan todos. Nunca he entendido por qué las tortugas pertenecen a la familia de los reptiles. Si no reptan. ¿Usted ha visto reptar a una tortuga? (Se ríe). Yo sólo las he visto caminar despacito. Pero sobre sus cuatro patas. Leí una vez que la tortuga que consigue estirar más el cuello, levantarlo más alto, es la que se considera la dominante; se le considerará la tortuga *alfa*. A mi hijo le digo que él es el que más alto levanta el cuello y por eso es el dominante. Y nos reímos los dos.

Pausa.

MIJAIL

¿Sabe lo que pienso? Pienso que usted es de esas que van por la vida queriendo levantar el cuello. Queriendo que la sigan y sin embargo nadie le hace el más mínimo caso. Que es usted de esas que creen saber más que nuestros políticos. O más que nuestros líderes religiosos.

HELENA

Yo sólo quiero irme. Que esto se termine.

MIJAIL

¿Cree, de veras, que usted puede saber más que nuestros líderes religiosos? Conteste.

(Pausa. Helena no sabe si responder lo que quiere, lo que desea, o mejor callarse y bajar la cabeza. Opta por callarse).

(...)

HELENA

Tenemos que irnos de esta casa.

KRISTOF

¿Cómo? ¿Por qué?

HELENA

Este lugar ya no me parece seguro.

KRISTOF

¿Los vecinos?

HELENA

Los vecinos, los perros, los pájaros. Los que recogen la basura. Los muñecos de nieve. Nadie me parece de fiar. Nadie.

KRISTOF

Ya.

HELENA

(Se sienta en el sofá) Un poco de sol. Nos vendría genial.

KRISTOF

Yo soy como una orquídea. No puede darme el sol.

HELENA

España, por ejemplo.

KRISTOF

¿Unas vacaciones?

HELENA

No sé. Quizás algo más permanente.

KRISTOF

¿Y qué pasa con “SIVERIA”?

HELENA

Es una página web. Podemos gestionarla desde cualquier lugar.

Pausa.

HELENA

A veces me pregunto por qué seguir aquí. Es como si un águila se empeñase en quedarse en el corral con las gallinas. Y se negase a volar.

KRISTOF

Ya.

HELENA

Hace un frío tremendo. ¿Has revisado la caldera?

KRISTOF

Sí. No sé qué le ocurre. No sé qué más tocar.

HELENA

Este frío no es soportable.

KRISTOF

Ya. Ya, ya. Ya lo sé.

HELENA

Los emails que leemos y contestamos, Kristof. Tengo la convicción de que estamos siendo rastreados por el gobierno.

KRISTOF

No vuelvas con eso. El servidor está en Canadá. No creo que sea un flujo de datos en el que vayan a fijarse. No creo que busquen un blog llamado Siveria con V.

HELENA

Sabes, no dejo de pensar... Esa ayuda que entregamos a cambio de nada. Esa ayuda se diluye. Es como pasar meses restaurando con delicadeza una escultura que luego alguien se encargará de bajar al sótano del museo dentro de una caja. (Pausa). Si esa gente, a la que respondemos, no tiene un entorno que los valore, que les diga que no tienen nada de lo que avergonzarse, no sé cuánto de absurdo hay en todo esto que hacemos. Un día ponen la tele en sus casas y el programa de más éxito en prime time los demoniza o ven al presidente de nuestro país refrendando una ley que los repudia. Y esas chicas y chicos van al instituto joder... cogen el autobús para ir al instituto y allí fingen ser lo que no son. Para no acabar saliendo a saber de qué forma degradante en un video en internet. Para que no les humillen, niegan su identidad.

KRISTOF

Ya, Helena. Ya lo hemos hablado. ¿Ok?

HELENA

Bueno. Quizás es que hoy estoy más cansada de lo normal. Será eso.

KRISTOF

Algún día esta sociedad cambiará. No hará falta que nadie interrumpa su vida y haga cosas como las que hacemos nosotros ahora.

HELENA

¿Entonces ése es también tu sentimiento? ¿Qué estás interrumpiendo tu vida?

KRISTOF

Un poco sí. Claro. (Pausa) Qué frío, joder. Voy a por unas mantas. (Busca una manta fuera de escena; entra con dos. Una se la da a Helena y otra se la echa él encima).

HELENA

Yo a veces pienso que mis arterias van a reventar. Tengo tanta rabia acumulada. Tanta necesidad de poder gritar y quejarme; de ir puerta por puerta a coger a esas personas por las solapas y zarandearlos. De pisotear sus libros sagrados, sus credos y sus dogmas. Todos esos mensajes que caen sobre nosotros como una prueba de resistencia. (Pausa larga). Hace unos días...no te conté nada pero... hace unos días vi a Katrina.

KRISTOF

¡Katrina! Qué fue de ella. No volvió.

HELENA

Yo salía de una tienda. De la tienda que hay dos calles más abajo, la que está enfrente del templo. Nevaba y hacía una ventisca horrible. Me fui hasta la parada del tranvía. Y desde allí la vi. Enfrente. Salía del templo. Vestida de hombre.

KRISTOF

¡Katrina!

HELENA

No llevaba la peluca. Vestía pantalones y un abrigo. Iba sin maquillar. Me acerqué a ella. ¿Katrina?, le dije. Me miró. ¿Sabes cómo me miró? Me miró con odio. Mostrándome que Katrina ya no era alguien con quien se identificase. No sé qué más había en sus ojos. Era una mezcla entre aborrecimiento y resignación. Le pregunté. ¿Qué ha pasado Katrina? No sabíamos nada de ti. No has vuelto por la asociación. Estábamos preocupados. (Pausa). No dijo una sola palabra. Levantó su abrigo y la vi marcharse entre la ventisca como si fuese una escena de Dr. Zhivago. Arrastraba una pierna. Un poco. Reparé en eso.

KRISTOF

Pero... ¿cómo es posible?

HELENA

¿Cómo es posible? (Se ríe estridente. Acaba siendo una risa triste). ¡Cómo es posible! Pues es sencillo. Esto no es un templo. Aquí sólo tenemos nuestras verdades incómodas. Aquí no podemos garantizar la seguridad de nadie, Kristof. Se van de aquí con un mensaje de apoyo, con unos folletos mal impresos y dinero suelto para un billete de tranvía. Eso es todo. Y no es nada. Estoy segura de que algún malnacido la encontró deambulando por un parque y le dio una paliza. ¿Cuántas palizas puede resistir una persona antes de empezar a dudar de su propia identidad, Kristof? Antes de comenzar a pensar que se lo merece. (Pausa). Soné tan hueca y tan frágil cuando le dije: *“Estábamos preocupados. Estábamos preocupados”*. Parecía que hablase a través del agujero de una pared desde el otro lado de una celda. La vi irse y pensé en la ingenuidad que hay entre estas

cuatro paredes. “No has vuelto por la asociación”, le dije. Tú y yo. Tú y yo, menuda asociación. ¡Qué ingenuidad. Llevaba una vela en una de sus manos. Me fijé en ese detalle.

KRISTOF

Joder. No es tan ingenuo. No sé.

HELENA

Ahora cierro los ojos y pienso en España. Calor. Sol. Sentarme en un parque en el que no haya nieve por todos lados. Escapar de este frío en los huesos.

KRISTOF

Deja de sentir autocompasión.

HELENA

(Se mira las uñas, pensativa). Alguien nos debe algo más que un baile, Kristof.

KRISTOF

¿Y qué propones? ¿Dejar sin contestar todos los emails que recibimos? Un mensaje en la web que les diga: “Esta web ya no existe”. Error 404. Así se llama. Al error que sale cuando buscas una página y no se encuentra. El ordenador te devuelve ese cuadro de diálogo: Error 404. La página no existe. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que nos convirtamos en un error 404?

HELENA

Lo que no quiero es acabar en un calabozo. Cada vez siento más que vamos a acabar en un calabozo.

KRISTOF

No acabaremos en ningún calabozo.

HELENA

No puedes arrancarle el aguijón a un escorpión y esperar que no encuentre otra forma de inocularle el veneno. Está en sus genes. Es su instinto.

KRISTOF

Creo que entiendo lo que te pasa. Ahora me doy cuenta.... Claro que lo entiendo. Entiendo que ver a Katrina te ha afectado. Ha sido eso, ¿verdad? Te ha desmotivado. Pues lo entiendo. Claro que lo entiendo. Es una puta mierda. Es como si nadie se parase a escuchar la letra de tu canción. ¿A que sí? A mí me ha pasado. Cuando tocaba en el metro y pasaba horas allí cantando. Y nadie se paraba. Pasaban de largo. Y yo creía que mi canción era hermosa. Sí. Y seguía cantando. Pero qué carajo les pasa. Por qué no se paran a oírla. Por qué pasan de largo. Pero no dejé de cantar. No se trata de eso. Se trata de repetir, una y otra vez. Y un día alguien se gira en las escaleras mecánicas y te mira y sientes que todos la escuchan. Todos la llevan dentro.

Pausa.

Ese gesto basta para saber que la canción entra en sus cabezas. No hace falta que se paren y tarareen aunque te mueras de ganas de que eso ocurra, claro. Aunque desees que se forme un círculo a tu

alrededor.

(Pausa. Se produce una cierta disociación en la escena. Cuando comienza a hablar HELENA es como si el tiempo de ambos no fuese el mismo. Él no está escuchando lo que ella cuenta. Ella hace de narradora omnisciente. Kristof permanece sentado en el sofá; hojeando un libro que tomará de una pequeña mesa que está en frente).

HELENA

Kristof tiene cuarenta y tres años. Tocaba canciones en el metro. Un día yo subía por las escaleras mecánicas y me giré. Cantaba “Hallelujah” (Tarararea un poco el estribillo). Ésa canción... Estaba dentro del álbum “*Grace*”, editado en el noventa y cuatro; un disco de Jeff Buckley. Hizo tan popular esa canción de Leonard Cohen que el propio Cohen se rindió a la versión de Buckley. La han cantado muchos pero nadie como Buckley. Kristof cantando esta canción en el metro. Así, de esa manera, nos conocimos. (Pausa. Mira Kristof). Kristof me contó que había sido despedido de su trabajo en la compañía D.L.T de aeronáutica después de que un compañero comentase a su superior que había visto a Kristof saliendo de una sauna gay en el centro de la ciudad. Kristof creía que era de locos. Que no podía ser despedido por algo así. Apeló a los tribunales. Pero un alto tribunal amparó a su empresa. Se suponía que una ley del gobierno regulaba el libre despido y no encontraban motivos de odio ni de discriminación. Además, hacía unos meses había salido una ley que prohibía la propaganda homosexual a nivel nacional, como algo pernicioso para la infancia. El caso es que el tribunal sentenció que la compañía estaba en su derecho. Pero lo peor no era eso.

Pausa.

Lo peor era que la familia de Kristof, su madre, la persona que le había parido, la persona que le había criado y querido hasta entonces, la persona que siempre había estado orgullosa de su hijo varón universitario, se sentó en la mesa de la cocina y le dijo con tranquilidad que ella pensaba que era algo que se merecía. Que por ser gay se lo merecía. (Pausa). Una tarde del mes de abril, en la cocina de la casa donde Kristof había nacido, tras calentar su madre un poco de agua en una taza, le explicó: “Hijo, eres un estigma para esta familia. No puedes aceptar tu condición y esperar que nosotros estemos de acuerdo. La religión y las leyes son claras al respecto. Lo comprendes, ¿verdad hijo?” Todo, mientras esperaba a que dos bolsitas de té se diluyesen en el agua hirviendo de la taza. Su padre ni se dignó a verlo. Y claro, Kristof, se fue de casa. Es ingeniero y toca la guitarra aunque siempre quiso haber tocado con soltura el piano. Siempre quiso a su madre y a su padre a pesar de todo. Eso dice. Él dice que lo que su madre le dijo aquél día, en la cocina de su casa, sólo era fruto de una corriente de opinión. De un adoctrinamiento. De una educación fracasada. Que la sociedad cambiará algún día. Que sabe que en lo más profundo, en lo más adentro de su ser, su madre no piensa eso de él. Eso es imposible, se dice a sí mismo. Y le escribe una carta cada día desde que se fue de casa con cuarenta años. Hace tres que no sabe nada de ellos. Ni una sola respuesta. Pero él sigue escribiéndoles una carta al día.

(Tras este soliloquio vuelve a recuperarse la conversación entre ambos).

KRISTOF

¿Por qué se suicidó está mujer?

(Pausa. Helena mira el libro que él sostiene)

HELENA

¿Virginia Woolf? (Pausa). Perdió la cabeza.

KRISTOF

¿Eso sería?

HELENA

Eso fue.

KRISTOF

Era guapa.

HELENA

Tenía una barbilla afilada. Y la nariz puntiaguda.

KRISTOF

A mí me parece guapa.

HELENA

No tendrías posibilidades.

KRISTOF

Soy un tipo de recursos.

HELENA

Te pegaría más Óscar Wilde.

KRISTOF

Qué simpática.

HELENA

Tuvo una vida difícil.

KRISTOF

No sé. Creo que la vida hay que armarla, venga como venga en su caja. No me suicidaría. ¿Aquí me tienes aguantando encima del toro mecánico, no?

HELENA

No tuvo buena relación con sus padres.

KRISTOF

Aun así... Por ese motivo no se suicida uno.

HELENA

Oía voces. En su cabeza. Eso la atormentaba.

KRISTOF

¿Esquizofrenia?

HELENA

Trastorno bipolar más bien. Eso he leído.

KRISTOF

Pero era de buena familia, ¿no? Acomodada. Con suerte podría acceder a recursos que otras personas no. A hospitales privados; clínicas de las que hubiese en su época. Fármacos rudimentarios, ya sabes. (Pausa). En eso se parece a ti.

HELENA

¿En qué se parece a mí?

KRISTOF

En lo de ser de buena familia.

HELENA

Todas las familias son buenas hasta que se demuestre lo contrario. Presunción de inocencia genealógica. (Se ríe).

KRISTOF

Sabes a que me refiero. Tú tenías un piano de cola en el salón comedor y me dijiste que sólo lo tocaba un tío tuyo cuando iba a pasar algunas temporadas.

HELENA

Sí. Así es. Pero tener un piano de cola en el salón de mi casa cuando era niña... no creo que explique nada de mí.

KRISTOF

¿Cómo se suicidó? Tú escribiste algún artículo sobre eso, ¿no?

HELENA

No. Fue mi tesis. Mi tesis universitaria. Un análisis de la faceta periodística de Virginia Woolf. Aunque no fue su faceta más desarrollada así fue como comenzó a escribir en 1905. Publicó un artículo para el suplemento literario del *Times*. Sobre Haworth. Haworth es el lugar donde la familia Bronte tenía una casa. Las hermanas Bronte, ya sabes. Unas que murieron de tuberculosis. Comenzaron publicando poemas y novelas bajo seudónimos masculinos. No quedaba más remedio en aquella época.

KRISTOF

Seguro que ellas también tenían un piano. En el salón.

HELENA

Si no recuerdo mal, no se sabe la fecha exacta del primer piano. Seguramente se construyó en Florencia. Pero recuerdo haber leído que en los inventarios de la familia *Medici* aparece la existencia de un piano. Datado en una fecha: el año 1700. Puede que ellas tuviesen un piano. Las

hermanas *Bronte* vivieron en el siglo XIX.

KRISTOF

Pues en mi casa, en el siglo XX, lo más parecido a un piano eran las piezas dentales de la boca de mi padre. Una tecla blanca, una tecla negra. Pero salimos adelante, eso sí.

HELENA

Eres un perdedor, Kristof, pero no lo sabes.

KRISTOF

Ah ¿sí?

HELENA

Sí, amigo (se ríe).

KRISTOF

Soy un perdedor.

HELENA

Pero no lo sabes.

KRISTOF

Interesante. Pero no lo sé.

HELENA

Es como la historia del abejorro.

KRISTOF

¿La historia del abejorro?

HELENA

Sí, eso que dicen. Esa metáfora de que el abejorro no puede volar pero él no lo sabe.

KRISTOF

¿De dónde sacas toda esa información?

HELENA

(Señala los libros). Está demostrado que aerodinámicamente (Helena se levanta y vuelve hacia la mesa donde estaba Mijail; va hablando mientras camina. Juego de luces: La luz se desplaza acompañando a Helena de una situación escénica a la otra) es imposible que el abejorro pueda volar, dado su tamaño, su peso, su forma. Sería imposible que el abejorro despegara del suelo y más aún que se mantuviese en el aire, pero él no lo sabe. (La iluminación se apaga en el lugar que hace de apartamento de Helena y se ilumina la sala de interrogatorio donde ya está sentado Mijail: Helena se sienta justo al acabar de decir su frase). Y el cabronazo se levanta, y vuela.